

2012

## Eduardo Chirinos. *Mientras el lobo está*

Alvaro Salvador

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

---

### Citas recomendadas

Salvador, Alvaro (April 2012) "Eduardo Chirinos. *Mientras el lobo está*," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 75, Article 42.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss75/42>

This Reseña is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact [dps@providence.edu](mailto:dps@providence.edu).

**EL BOSQUE DE LA INFANCIA, el laberinto del poeta. Eduardo Chirinos. *Mientras el lobo está*. Madrid, Visor, 2010. XII Premio de Poesía Generación del 27.**

Eduardo Chirinos (Lima, 1960) es, sin duda, uno de los poetas hispanoamericanos más brillantes y reconocidos del panorama poético actual. Autor de una quincena de libros de poesía, entre los que destacan *Rituales del conocimiento y del sueño* (Madrid, 1987), *El Equilibrista de Bayard Street* (1998), *Abecedario del Agua* (Valencia, 2000), *Breve historia de la música* (Premio Casa de América de Poesía, Madrid, 2001), *No tengo ruiseñores en el dedo* (Valencia, 2006), *Humo de incendios lejanos* (Lima 2009), *Catorce formas de melancolía* (2009) o el que hoy nos ocupa. En 1999 la editorial sevillana Renacimiento publicó una selección antológica de sus poemas bajo el título *Naufragio de los días* (1978-1998).

Además como ensayista ha publicado *El techo de la ballena* (1991), *La morada del silencio* (1998), *Nueve miradas sin dueño* (2004) y *La Rosa polipétala. Artefactos modernos en la poesía española de vanguardia (1918-1931)* (2009); algunas antologías de poesía peruana como *Loco amor* (1991) e *Infame turba* (1992 y 1997), o la de José Watanabe, *Elogio del refrenamiento* (2003); y tres libros misceláneos donde conviven la prosa crítica con la crónica y el verso: *Epístola a los transeúntes* (2001); *El Fingidor* (2003), especie de revista, inventada, editada y escrita en su totalidad por Chirinos; y *Los largos oficios inservibles* (2004). Además ha publicado traducciones de Mark Strand (2004) y de Louise Glück (2006), y en colaboración con Isabel Aguiar Barcelos ha escrito una novela para niños titulada *Guilherme. El koala que llegó por internet* (Alfaguara, 2005).

La crítica coincide en señalar que la poesía de Chirinos se inscribe en una línea de recuperación del espacio clásico, una poesía que pretende el gran aliento poético de la tradición culturalista, en la que el personaje poético se enmascara continuamente tras los pretextos mitológicos o intertextuales, aunque con plena conciencia irónica de su fracaso, del fracaso del profeta que finge ser. Hay en Chirinos, dentro de toda esa aparente puesta en escena grandilocuente, una lucidez humilde y muy humana, característica de la tradición hispanoamericana y, más en concreto, de la peruana—una lucidez que está mucho más cerca, en verdad, de Vallejo o de la poesía oral que de los canonizados discursos europeos. Ernesto Lumberras hablaba refiriéndose a esta poesía de la “invención de una oralidad,” de una “épica menor, irónica *per se*, seductora por su reinención del mito o del

tiempo histórico. La transculturación de que hablaba Rama se da en esta poesía de un modo natural y admirable.”

Una de las características fundamentales en la poesía de Chirinos es su eclecticismo formal: cada uno de sus libros es distinto de los anteriores y en ello se practican todas las modalidades poéticas, desde el neovanguardismo experimental a la poesía más coloquial o conversacional, desde la poesía más esencialista o abstracta a la más directa o comunicativa, sin menospreciar el empleo del versolibrismo salmódico, la prosa poética o las estrofas medidas y rimadas de la tradición clásica, sin despreciar tampoco la sintaxis emocional de la tradición surrealista o el tono directamente narrativo y realista. Todos los registros han cabido en la ya abundante trayectoria poética de Eduardo Chirinos. El mismo Chirinos daba razón de este eclecticismo con las siguientes palabras colocadas al frente de uno de sus libros: “...todavía me siento incapaz de saber lo que quiero decir con mis poemas. Más sabios que yo, ellos terminan diciéndome, y yo dejándome decir con alarmante pasividad.”

En este último libro, *Mientras el lobo está* (2010), demuestra sobradamente Eduardo Chirinos el grado de madurez que ha alcanzado su poesía. El título, que responde a los versos de una canción infantil—“Juguemos en el bosque/ mientras el lobo está,”—se refiere, como el propio Chirinos ha reconocido en más de una ocasión, a ese “niño-lobo” que los adultos llevamos dentro; no el niño cursi de los recuerdos infantiles, sino ese otro niño resabiado por los años y la experiencia. El libro se estructura en tres partes simétricas: “Pabellones comidos por la niebla,” “La misteriosa costumbre del frío” y “Su terca y vacilante redondez,” cada una de ellas con quince poemas casi todos de extensión muy parecida, que oscila entre los 17 y los 25 versos alejandrinos. También hay un poema con el mismo título del libro, el que cierra la primera sección. En ese poema, Chirinos habla de una metáfora física, una metáfora urbanística, que se base en la avenida que en su ciudad, Lima, separaba al manicomio y al orfanato del mundo de los niños normales, y también a los niños de las niñas. El propio poeta, huérfano él mismo, no sabe qué lugar ocupar, solamente es capaz de espiar a los demás niños cuando juegan a la ronda, mientras el lobo está. Podríamos pensar que este poema es el núcleo temático y de sentido del libro—y en cierto modo lo es, pero hay otros y, sobre todo, otro, que intensifican ese sentido. Me refiero al poema titulado “Círculos cerrados” que inaugura la tercera parte: “Con los años uno espera que los círculos/ se cierren...” Creemos que este poema señala realmente el sentido último del libro, lo que el libro quiere decir y cómo el libro se construye para decirlo: “Ah, los círculos cerrados. Ellos se dibujan/ en la frente, se hunden en la sangre y brillan/ como el aura de los santos en las viejas/ pinturas. A menudo veo círculos cerrados.”

En realidad este libro, construido simétricamente, casi matemáticamente, quiere hablar de esos imposibles círculos cerrados. Sus tres partes se estructuran, no de un modo lineal, ni tampoco dispuestas como compartimentos estancos, temáticos o formales, sino más bien como círculos concéntricos, como las hojas de una cebolla, como las distintas muñecas de una muñeca rusa. El libro no contiene en realidad

tres partes que intenten complementarse, sino que una misma parte intentando complementarse—es decir, reescribiéndose hasta tres veces para complementarse. Intentando encontrar ese cierre imposible del círculo concéntrico: “...Ellos nos ahogan/ cada noche. Y al día siguiente nos rescatan.”

¿De qué nos habla, pues, obsesivamente, este último texto de Chirinos? El libro habla, como nos dice el primer poema, del poeta y su labor diaria, más doméstica y cotidiana que espectacular o trascendente. El poeta se levanta, desayuna, echa de menos a su mujer, va a sus clases, habla con sus compañeros, lee libros, escribe en el ordenador, compone su poesía. Pero, aunque no lo parezca, todo ese proceso no es un proceso fácil, ni simple. Sobre los primeros quince poemas en los que el autor escribe de la creación poética de los viejos poetas, de los mitos poéticos y artísticos, de la vida cosmopolita y globalizante, del cine y el deseo, del padre y la madre, de la infancia (“mientras el lobo está”), se superponen los siguientes quince poemas en los que escribe de nuevo de la poesía, de los poetas, de la infancia, de la pintura, de los mitos culturalistas, pero también de la enfermedad, de las heridas, de cómo las heridas se transforman en lenguaje: “Ellas llegan siempre para rogarnos un sitio./ Llegan para pedirnos perdón.”

La tercera parte, el tercer círculo concéntrico de—otra vez—, quince poemas, se superpone denunciando la imposibilidad de que los círculos se cierren, y desde un escenario una vez más doméstico y coloquial insiste de nuevo en la infancia, en la mitología culturalista, la ternura de la palabra, la ironía proyectada sobre las grandes creencias o los grandes mitos de la creación, pero, sobre todo, en la tragedia íntima elevada a la categoría de preocupación metafísica. De ahí la grandeza de este libro, en dos extraordinarios poemas: “Los vencejos se aparean en el aire” (“... Lo oscuro/ huye, cede a su pasión por lo más claro. Sé de/ memoria el recorrido: la sordera de siempre,/ el cerrojo, la risa inevitable...// Siempre hay una tonada. No sabría/ explicar de dónde viene. Son colores fríos...”) y “Disertación sobre la moda.” En ellos las dialécticas luz/oscuridad y silencio/sonido construyen un universo de preocupaciones y experiencias existenciales que, mediante la elaboración simbólica, se instituyen como humanas—es decir, más allá de la circunstancia personal, se revelan como distintivas de todos los hombres:

...Una nube de gorriones dibuja  
en el aire su alfabeto, entreveo algunas letras,  
adivino otras. A veces las descarto, depende  
del oído. Oh Dios, cómo depende del oído  
cuando los ojos se cierran. Las letras brillan  
un segundo, después se borran. Mientras tanto  
oscuridad se ríe. Abre su mandíbula de hielo.  
Murmura obscenidades en una lengua muerta.